

DOMINGO XXIV TIEMPO ORDINARIO

El evangelio de este domingo complementa el de la semana pasada. Nunca hemos de perder de vista la unidad de toda la Sagrada Escritura y de las enseñanzas de Jesucristo.

Hoy se nos recuerda el precepto de perdonar a los demás, y se hace sobre la base de que nosotros hemos sido perdonados por Dios. Si nos fijamos en la parábola, no se le pide al siervo que perdone para que pueda alcanzar misericordia, sino que se le recrimina su duro corazón porque a él, que tenía una deuda mucho mayor, le ha sido cancelada.

El perdón es uno de los rostros del amor donde este se nos muestra con una fisonomía más nítida. Perdonar es propio de los corazones grandes. Al leer estas enseñanzas de Jesús, no podemos dejar de recordar su comportamiento en la cruz: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». Palabras estas que han sido repetidas multitud de veces por los mártires antes de perder la vida en manos de sus perseguidores y que, en no pocas ocasiones, han sido causa de conversiones.

Pero el perdón no se improvisa. Cuando es verdadero nace de la profunda experiencia de sentir el abrazo de Dios que perdona nuestras faltas. Sólo así se entiende el comportamiento de los grandes.

Porque el perdón tiene un poder restaurador. Lo experimentamos nosotros cada vez que acudimos a la confesión sacramental y vemos cómo la sangre de Cristo purifica nuestros corazones. El perdón nos devuelve la dignidad. Cuando perdonamos, restauramos la dignidad del otro.

Jesús nos pide que seamos transmisores del perdón que hemos recibido de Dios y de la manera como lo hemos recibido de Dios. La expresión hebrea «setenta veces siete» se abre a un horizonte innumerable al que no hay que poner límites. Significa siempre y, por qué no, siempre con el mismo entusiasmo y con el mismo amor que la primera vez.